



Administradora de PPS tiene experiencia reveladora en Uganda

Jenny Withycombe recuerda lo que sintió al volar a casa en Portland luego de una estadía de dos semanas en Kampala, Uganda, donde ella y su esposa hicieron trabajo de voluntariado con refugiados que tratan de tener una vida mejor pero lidian con condiciones que pocos americanos experimentan.

“Fue la experiencia más gratificante, pero también devastadora ya que vi la pobreza extrema,” dijo Withycombe, una administradora de programa de educación física y de salud en las Escuelas Públicas de Portland.

Withycombe trabajó con [fútbol sin fronteras](#), una organización mundial que une al deporte con el trabajo de justicia social. SWB tiene un centro en Kampala, la capital y la ciudad más grande de Uganda.

Withycombe supo acerca de SWB por primera vez mientras que enseñaba en la Universidad de Colorado y debería haber ido a Uganda en el 2016 pero pospuso el viaje por aceptar un trabajo con PPS. En enero, tuvo la oportunidad de ir, y ella y su esposo y cerca de 10 estudiantes universitarios de todo el país se unieron al centro SWB para poner un festival infantil concentrado en el fútbol, llevado a cabo durante un receso de invierno de dos semanas para los estudiantes en Kampala.

Debido a que Uganda tiene políticas migratorias abiertas, recibe refugiados de varios países, incluyendo Sudan, Ruanda y Burundi. Los refugiados reciben ayuda cuando viven en campamentos a las afueras de la ciudad, pero varios deciden no recibir la ayuda e ir a Kampala, con la esperanza de prosperar en la ciudad.

El idioma oficial de Uganda es inglés, y para que los niños asistan a la escuela, deben demostrar un nivel mínimo en el idioma y pagar para asistir a las clases (estudiar no es gratis). SWB ayuda a que los estudiantes aprendan inglés y a que las familias se preparen para los gastos de educar a sus hijos en programas de todo el año que tienen como propósito hacer que los refugiados estén listo para la escuela en un año.

El festival en el que Withycombe y su grupo participaron, incluyó días enteros de fútbol y otras actividades que tenía un enfoque en inglés para ayudar a que los niños avanzaran su conocimiento del idioma. Withycombe ha jugado futbol pero fue una remera competitiva en la universidad.

“El nivel de futbol que los niños jugaban vario mucho, así que tendí a estar con los niños que todavía no tenían muchas habilidades den futbol,” dijo.

Durante su estadía, Withycombe recibió un curso relámpago acerca de la vida en Kampala. La ciudad está construida en una serie de montañas, y rápidamente aprendió que la estructura social se refleja en donde alguien vive – la gente adinerada vive más arriba.

“A medida que se baja la montaña, todos los valles entre las montañas es donde se encuentran los barrios pobres,” dijo. “Usted puede literalmente caminar hacia abajo en las clases sociales.”

Withycombe recorrió los barrios pobres donde viven los refugiados. Las familias tenían cobertizos construidos alrededor de áreas comunes donde la gente cocina con carbón. El agua no era potable así que la gente tenía que caminar largas distancias para llenar contenedores grandes con agua. Animales – cabras, ovejas, vacas, cerdos, perros, gatos caminaban alrededor, todos marcados de alguna forma para identificar a quien pertenecen.

Las familias comían lo que cultivaban, con arroz, frijoles y repollo, un palto básico.

“Fue muy poderoso,” dijo Withycombe acerca del recorrido. “Fue difícil hacerlo sin sentirse un poco voyerista. Usted le puede decir a alguien cómo es vivir en un área pobre, pero sin ir a verlo, olerlo, sentirlo, probablemente no haya manera de describirlo.”

La mayoría de los refugiados están esperando la oportunidad de migrar a otro país. Withycombe recuerda haber conocido a un entrenador de SWB que acababa de saber que se iría para los Estados Unidos. Él había estado esperando en Uganda por 10 años.

“La mayoría de ellos pasará una gran parte de tiempo como refugiado en Uganda,” dijo Withycombe.

Cuando Withycombe regresó a Portland, una cosa se quedó con ella. Tan retadoras como son las condiciones en Kampala, los niños con los que trabajó nunca parecían reflejarlo.

“Nunca vi un niño infeliz,” dijo. “Y creo que cuando vamos de una nación desarrollada y tomamos esta actitud de, ‘Oh pobrecitos, se deben sentir muy tristes,’ pero nunca vi un niño que dijera ‘estoy aburrido,’ o un niño que no fuera feliz. Solamente pensé, guau, debemos poder tomar esa mentalidad y cambiar nuestro pensamiento y llevarnos eso con nosotros cuando regresemos.”